

admirable nos has mostrado el grande amor que nos profesas. Gracias mil y mil veces porque no solo habeis querido morir por salvarnos en esa Cruz, sino que nos habeis dejado en herencia tan tierna y caritativa Madre. ¡Quiera el Señor, hermanos míos, que nos hagamos dignos de su proteccion! Y ahora meditemos los beneficios que el Señor nos ha dispensado al pronunciar en la Cruz sus terceras palabras: ¡He ahí tu Hijo!.. ¡Hé ahí tu Madre! .. *Ecce Filius tuus!*... *Ecce Mater tua!*...

CUARTA PALABRA.

Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna, dicens: Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti me?

Y cerca de la hora de nona clamó Jesus con gran voz, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

Math. cap. XXVII, v. 46.

En la persona de Jesucristo debian cumplirse todas las profecías en orden á la reparacion de la humanidad. David divinamente inspirado veia á través de los siglos los ultrajes, las ofensas y los tormentos que habia de padecer el Reparador de la estirpe culpable. El salmo XXI nos demuestra claramente esta verdad. En él se propone el coronado profeta dar una idea anticipada de los padecimientos de Jesucristo, y empieza de este modo: *Deus, Deus meus. respice in me; ¿quare me dereliquisti?* Dios, Dios mio, mírame; ¿por qué me has desamparado? Y continúa diciendo; *longe á salute mea verba delictorum meorum*, las voces de mis delitos alejan de mí la salud. Estas, segun notan los expositores, son espresiones de la humanidad del Señor, reducido á las mayores agonías por los pecados

del mundo, que en cierta manera habia hecho suyos, toda vez que habia tomado á su cargo el satisfacer por ellos. Trasladémonos al Calvario, y observemos el desamparo en que se encuentra el Salvador en medio de sus terribles tormentos. La muerte se iba acercando por momentos; su preciosa sangre corria por el sagra- do madero; aquel rostro divino en que se miran los espíritus celestiales estaba oscurecido por el polvo, salivas, sangre y bofetadas, y Jesus en medio de sus dolores, á través de tantas aficciones mostraba una paciencia heroica, presentando la escena que siglos antes predijera Isaías, cuando le pintara despreciado y el postrero de los hombres, varon de dolores que sabe de trabajos, sin hacer los judíos aprecio de él, y por haber tomado sobre sí nuestras enfermedades y car- gado con nuestros dolores, reputado como leproso, y herido de Dios y humillado (1). La víctima sagrada que pendia del madero santo, eleva sus ojos al cielo y nada ve que pueda prestarle consuelo: mira á los la- dos de la Cruz y ve á su Madre abrevada por la fuerza del dolor, y casi exánime y sin vida por tantos tor- mentos como reinan en su corazón, y al discípulo amado y las piadosas Marias, que vertiendo abundan- tes lágrimas muestran la parte que toman en los tor- mentos del Hijo y en los dolores de la Madre. Enton- ces es cuando dando el Salvador una gran voz esclama: *Eli, Eli, lamma sabacthani*; esto es; Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Como si dijera: ¿No soy yo tu Hijo muy amado, en quien tienes tus

(1) Despectum et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem; et quasi absconditus vultus ejus est despectus, unde nec reputavimus eum. Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit: et nos pulavimus eum quasi leprosum, et percus- sum a Deo, et humiliatum. Isai. esp. LIII, v. 3 y 4.

complacencias? (1) ¿Cómo así me desamparas en mis grandes aficciones? Yo busco consuelo en mi Madre y no le hallo, pues la veo traspasada de dolor. Búscolo en mis Apóstoles, y veo que están ausentes del Calva- rio: los judíos me blasfeman é insultan, los sacerdotes me escarnecen, y no tengo á quien volver mis mori- bundos ojos. Aquí no veo aquellos ángeles que me acompañaran en mi nacimiento, ni llegan á mis oídos aquellos dulces cánticos de paz con que entonces me saludaban: Vos, Padre mío, no me enviáis tampoco ningun consuelo. ¿Por qué me abandonáis? *Eli, Eli, lamma sabacthani*.

De todo, hermanos míos, habia de sacar partido la chusma infernal que á Jesucristo acompañara hasta el Calvario, así es que los soldados romanos que no en- tendian la lengua hebrea, al oír decir á Jesus, *Eli, Eli*, creyeron que llamaba en su socorro al profeta Elías, y burlándose de nuevo empezaron á esclamar: á Elías llama este. Señores, si esta exclamacion de Jesus al preguntar á su Eterno Padre el motivo de haberle desamparado, no mueve nuestros corazones, es preciso que los tengamos mas endurecidos que el mármol, porque estas tristes palabras nos manifiestan á dónde llegaron sus tormentos. Que le escarneciera en general aquel pueblo ingrato que no habia creído en su mision divina; que le insultaran los que ciegos y obstinados creían que hacia sus prodigios y lanzaba los demonios en virtud de Belcebú: que le crucifica- ran en un madero los que llenos de la mayor perfidia le tenían por impostor, no me admira tanto como la ausencia de aquellos á quienes liberalmente habia so-

(1) Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui. Math. cap. III, v. 17.

corrido y á los que habia mostrado su divinidad haciéndoles testigos de sus prodigios: la ausencia de estos, el consuelo que hecha de menos en sus Apóstoles y discípulos es lo que le hace esclamar: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*

Es una verdad constante que en la prosperidad y cuando se reciben grandes beneficios, todas son ofertas por parte de aquellos que se titulan amigos, pero en el día de la tribulacion, en el momento de la desgracia todos son desvíos é ingraticudes; el que fué nuestro amigo mientras abundábamos en los bienes de fortuna, y de ellos ó de nuestra posicion podian sacar provecho propio, nos vuelve las espaldas y abandona en el momento mismo en que la Providencia nos ha colocado en el infortunio. ¿No es esto así por desgracia? ¿No es esta en lo general la conducta del mundo? ¿La esperiencia de cada día no nos demuestra esta verdad? ¿Y qué sentimiento no causa al que verdaderamente ama, semejante modo de obrar? ¿Qué dolor no causaria por lo tanto á Jesucristo verse en situacion tan amarga, abandonado de aquellos que eran sus mas amigos? Las turbas habian sido socorridas y en el día que mostrara su gran poder quisieron aclamarle Rey. La misma Sinagoga no habia podido menos de admirarse al ver las resurrecciones que obrara. Un leproso al curar de su enfermedad le llama hijo de David: un paralítico al tomar su lecho al cabo de muchos años que esperara el movimiento de las aguas de la piscina le confiesa como el suspirado de las gentes: un ciego al ver su rostro divino no puede menos de conocer por su curacion milagrosa, que la misericordia está en su mano, y multitud de hijos de Israel se admiran al verle hacer salir á Lázaro del

sepulcro. ¿Y hoy? ¿Y en los momentos en que se halla pendiente de la Cruz? ¡Ah! le llaman criminal, hijo de Belcebú, y en lugar de trono y vasallaje le prodigan insultos y blasfemias: se rien de él, y entre sus tormentos le dejan abandonado. ¡Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?

¿Dónde están, dulcísimo Jesus mio, esos hombres á quienes tan abundantemente socorristeis? ¿Mas para que pregunto al Redentor por los que debieran acompañarle, cuando Él mismo habia dicho que al ser herido el Pastor se dispersarian las ovejas? Empero no es tan sensible á su corazon el abandono de Israel como el de otros á los que miraba como renuevos de hermosa palma que debia dar los mas abundantes frutos.

Sinagoga, pérfida Sinagoga, tú le viste un día en medio de tus doctores, cual el sol radiante que rasga el velo de la oscura noche, manifestar aquellas profecías que demostraban el gran sacrificio que esperara el mundo y que hoy verifica en el Calvario; pero digistes, es preciso que muera un hombre y á ese hombre le miras como tu enemigo; empero tú, príncipe de los Apóstoles, que jurastes morir en defensa de tu Maestro si necesario fuese; tú que con tanto valor y denuedo sacaste la espada para defenderle en el Huerto; tú que lleno de fé fuistes el primero en confesar su divinidad, llamándole Cristo Hijo de Dios vivo; tú que te gloriabas en mostrarle tu amor, ¿por qué no acudes á darle algun consuelo en medio de su desamparo? ¿Por qué no acompañas á tu Maestro? ¡Ah! Que la débil voz de una mujer le hizo antes negarle por tres veces, y ahora no tiene valor para presentarse en el Calvario. Y vosotros Apóstoles santos, que dóciles á su voz sin reconocerle apenas abandonásteis

por seguirle padres, familias, redes, barquillas y cuanto poseiais, ¿por qué no os veo ahora al lado de vuestro Maestro? ¿por qué le dejais en tanto abandono en los momentos mas solemnes? ¡Mas ay! Feliz tú, discípulo amado, que fuistes el único que tuvistes valor para presenciar aquella trágica escena y acompañar á la mas dolorida Respha que se encuentra con el corazon partido de dolor.

Cada palabra de Jesucristo es verdaderamente un misterio, cada una de sus espresiones una sublime leccion para la humanidad. Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? Al escuchar estas palabras de Jesucristo pronunciadas en la cruz, tal vez no comprendiendo los misterios que encierran, preguntará alguno: ¿Acaso habíase separado la divinidad de la humanidad en la persona del Verbo? ¿Aunque era verdadero hombre, no era al mismo tiempo verdadero Dios? ¿Pues por qué dirige preguntas al Eterno Padre, siendo omnisciente, por lo que nada podia ignorar? ¡Ah cristianos! Jesucristo, es verdad, que todo lo sabia, que absolutamente no podia ignorar los motivos de sus penas, de sus aficciones, de sus tormentos, desamparo y muerte cruel. Sin embargo, dá una gran voz *voce magna*, y esclama: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? para que no quedase ninguna profecía por cumplir; y ya hemos visto que David habia anunciado estas palabras; y tambien para que nosotros meditando en esas grandes voces, llegásemos á comprender la vehemencia de sus grandes padecimientos.

Por las razones dichas el Eterno Padre no podia abandonar al que era un Dios con Él y el Espíritu Santo, y que revestido de nuestra carne le habia

sido siempre obedientísimo. El mismo Jesucristo lo asegura por San Juan, diciendo: «El que me envió, conmigo está, y no me ha abandonado, porque yo hago siempre su voluntad (1).» Y en otra ocasion: «Yo no busco mi voluntad, sino la de aquel que me envió (2).» Si momentáneamente parece como que lo desamparó en aquellos tristes instantes, todo era para nuestro bien y para nuestra instruccion. Muchas veces suele el Señor desamparar por tiempo limitado á los suyos, á aquellos que mas han sido favorecidos de su bondad, para hacer mas meritorias sus obras, y que conozcan cuán triste cosa es verse desamparado de Dios: el pecador obstinado, el impío á quien el Señor lleno de misericordia ha tocado con frecuencia á las puertas de su corazon, llega al estremo de cansar, digámoslo asi, al que tanto le ha buscado y le ha dado repetidos auxilios, y vése tambien en el desamparo de Dios, á quien únicamente podrá volver á atraer á sí por una verdadera y eficaz penitencia. ¡Oh Dios de bondad y misericordia! Por esa sangre preciosa que por nosotros vertistes, por tu cruz, por tus clavos, por tus espinas, por tus tormentos, y en suma, por los dolores de tu Santísima Madre, haz que no esperitemos vuestro abandono; que no nos veamos privados de tu gracia: fáltenos todo, y no nos falte nuestro Redentor amorosísimo. Dános tus auxilios, para que no nos perdamos en el laberinto de este mundo; y vosotros, cristianos, almas fieles, contemplar podeis ahora el estado de Jesucristo en la Cruz,

(1) El qui me missit, mecum est, et non reliquit me solum: quia ego quæ placita sunt ei, facio semper. Joan. cap. VIII, v. 29.

(2) Non quæro voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui missit me. Ibid. cap. V, v. 30.

sus tormentos y aflicciones, que podreis comprender en cuanto os permita vuestro limitado entendimiento, teniendo presentes las cuartas palabras del Salvador: *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti mihi?* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?

QUINTA PALABRA.

Postea sciens Jesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.

Después de esto, sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo.

Joan. cap. XIX. v. 28.

Si consideramos uno por uno los tormentos que en este dia hubo de padecer el Redentor de nuestras almas, la noche fatigosa que habia pasado, lo que le habian hecho correr sus inícuos acusadores de tribunal en tribunal, sus grandes caídas cuando llevaba sobre sus hombros la Cruz; y si en suma le consideramos en el sagrado leño, desnudo y espuesto á los rayos del sol, no estrañaremos que le afligiese la sed corporal. No se quejó de sus tormentos y sí de la sed; pues qué, ¿le era mas aflictiva la sed que la crucifixión? Oid, hermanos míos, las palabras del Evangelista: *Postea sciens Jesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.* Después de esto sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura dijo: «Sed tengo.» Porque en efecto, nada habia de quedar por